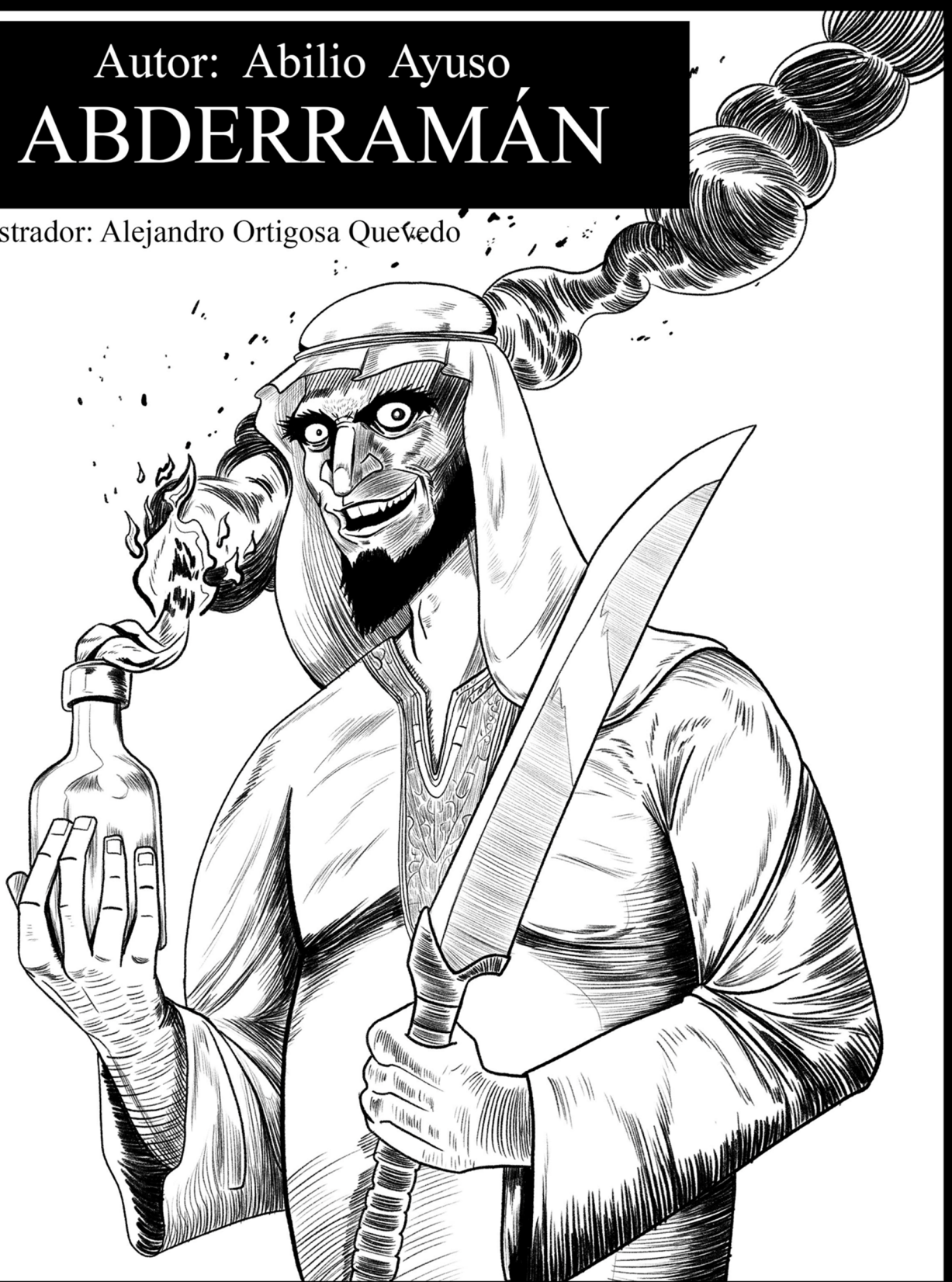


Autor: Abilio Ayuso
ABDERRAMÁN

Ilustrador: Alejandro Ortigosa Quevedo



Cuando deseas algo muy ardientemente, lo peor que te puede suceder es alcanzarlo, para luego darte cuenta de que no cumple tus expectativas.

Era una ironía que al muchacho le hubieran puesto el nombre de un guerrero triunfador, alguien de quien se dice llegó a tener miles de mujeres en su harén entre esposas y concubinas, porque nuestro protagonista era justo el reverso de la moneda.

Más bien feíto, pobre y con poco carisma, viviendo en un país donde un hombre adinerado podía lucir siete esposas, mientras él babeaba sólo pensar en tener una.

Abderramán era mediocre en casi todo, ni siquiera se puede decir que fuera un buen creyente musulmán, porque no acudía a los servicios religiosos con regularidad y en una ocasión en que consiguió robar un par de botellas de licor se las bebió poco a poco en varias ocasiones sin remordimiento alguno.

Pero todo cambió cuando conoció al mulá Mohamed y en una conversación entre amigos le detalló lo triste que resultaba su vida.

La respuesta fue radical: “El miserable tiempo que pases aquí, un siglo como máximo, no es nada en comparación con la eternidad: ¿No sabes que el Profeta prometió setenta y dos vírgenes para quien muriera en lucha contra los infieles?”.

“¿Pero eso es cierto?”.

“¿Tú crees que de no serlo nuestros hombres afrontarían la muerte con tal valor?, además, yo que soy un hombre de Dios he tenido visiones, y es más maravilloso de lo que puedas llegar a imaginar”.

“Pero se goza en espíritu y yo querría disfrutar aquí y ahora con mi cuerpo notando la suave piel de una mujer”.

“Ahí es donde te equivocas, Dios te devuelve tu cuerpo en perfecto estado, más fuerte y potente, para que puedas abastecer a tus vírgenes”.

“¿Y tú porqué no lo has hecho ya?”.

“Ojalá pudiera, pero tengo la sagrada misión de predicar, es mi forma de ganarme el paraíso”.

A partir de entonces la vida de Abderramán cambió por completo, acudió a todos los rezos, cumplió los preceptos de buen musulmán y se preparó para su sagrada misión: Fallecer dando muerte al infiel.

Pero no debía realizar dicha acción en su país porque, aunque hubiera extranjeros, sus actos podían dañar a los creyentes, tenía que ser en un lugar donde no existiera dicha posibilidad.

Vendió la casita que había heredado de sus difuntos padres y con mucha suerte y pasando bastantes peripecias logró establecerse en Francia.

Una vez allí, como hombre prudente que era, se apartó por completo de los grupos radicales que existían en los barrios periféricos de las grandes ciudades, ya que sabía que en ocasiones habían sido detenidos por alguna delación de topes infiltrados o por pinchazos que la policía conseguía realizar en teléfonos o redes sociales.

No aspiraba a pudrirse en una cárcel sin haber logrado su propósito, él moriría matando como un buen mártir, con ello su paso al paraíso prometido estaba asegurado.

Tampoco trató de adquirir armas o elementos para fabricar explosivos, ya que eso podía delatarle, utilizaría lo más sencillo una botella llena de gasolina y un cuchillo de cocina.

Mientras tanto, para no levantar sospechas, consiguió un trabajo como mozo de carga y limpieza en un restaurante, allí conoció una muchacha, argelina como él, no muy agraciada y que además le faltaba una pierna de rodilla hacia abajo, que sin embargo parecía interesarse por él.

En otro momento de su vida no le hubiera hecho ascos, pero en la actualidad la desdeñó por completo, Aquella muchachita en comparación con las setenta y dos bellísimas vírgenes que sin duda le aguardaban, era como un mendrugo en comparación con un exquisito banquete.

Quería hacer algo sonado, que apareciera en todos los medios de comunicación, un acto del que su Dios se sintiera orgulloso, por fin encontró el momento y lugar oportunos: Por esas fechas, los niños católicos que efectuaban el rito de la comunión salían de su escuela en procesión acompañados de un sacerdote portando un estandarte de la Virgen y varias de las monjas que regentaban el colegio, el breve tramo estaba flanqueado por sus familiares, vecinos y curiosos. Arrojaría a la comitiva la botella de gasolina con la mecha encendida y luego acuchillaría a tantos como pudiera.

Llegó el gran día, el momento del tránsito al paraíso, se situó cerca de la procesión y de forma solemne sacó la botella, prendió la mecha serenamente, sin titubear y blandiéndola en alto gritó que él era la mano de Dios que castigaría a los infieles para su mayor gloria.

Pero no consiguió arrojarla porque a dos policías de paisano les había parecido sospechoso que un magrebí se interesara por aquel evento y le habían seguido. Antes de que acabara su discurso cuatro disparos lo cortaron en seco con lo cual la botella cayó a sus propios pies y lo convirtió en un hombre antorcha.

Tardó bastante en aparecer un extintor, tal vez porque la gente no tenía demasiada prisa en apagar aquel miserable despojo humano, a los forenses les costó identificar quien había sido aquel cadáver carbonizado.

El primer pensamiento de Abderramán, al notar los impactos en su espalda y el fuego que lo consumía, fue negativo porque no había muerto peleando cara a cara y ni siquiera había podido matar a nadie.

Su espíritu quedó vagabundeando un tiempo por el plano material para averiguar el impacto que su acción había tenido y saber si había sembrado el terror entre los infieles, pero la información que recogió fue muy decepcionante: Unos le ponían como un pobre payaso que se había quemado con su propio cóctel Molotov, otros como una sucia rata que intentaba asesinar a niños y monjas indefensas, también se decía que Dios le había castigado y ni siquiera sus correligionarios estaban orgullosos de él.

Abandonó este plano pensando que su Dios le comprendería y le proporcionaría la recompensa prometida, llegó a un lugar donde todo era pura luz y energía, allí le recibió un ser inmaterial que era todo, estaba en todas partes y con una voz sin voz, que penetraba por todo su cuerpo le dijo: “Tu acción no ha sido brillante ni ha servido para mayor gloria mía, pero la palabra es la palabra, te devuelvo tu cuerpo con el que podrás gozar en el paraíso prometido”.

Acto seguido, Abderramán se vio a sí mismo dotado de un cuerpo material, no había terminado de contemplarse cuando la voz prosiguió diciendo: “Ahora podrás acceder a tu paraíso con las setenta y dos vírgenes que te aguardan.

De la nada aparecieron unas majestuosas puertas que daban acceso a un jardín maravilloso y se cerraron en cuanto él hubo penetrado.

Estaba realmente extasiado, efectivamente había fuentes que manaban leche y miel formando arroyuelos y los árboles lucían las frutas más maravillosas que jamás hubieran contemplado sus ojos.

Pero lo que más le impactó fueron las bellísimas doncellas repartidas por doquier que se fueron acercando lentamente hasta formar un corro a su alrededor.

No estaba para perder el tiempo, así que tomó enérgicamente el pecho de la que estaba más cerca al tiempo que le decía: “Desnúdate que tendrás el honor de ser la primera en perder tu virginidad a mi servicio”.

Apenas había acabado la frase cuando la chica había apartado de un tirón la mano que la manoseaba y le había propinado un sonoro bofetón.

Lleno de ira la tomó del vestido para zarandearla mientras le gritaba obscenidades, pero apenas había comenzado cuando una docena de manos sujetaron sus brazos y otras tantas comenzaron a golpearle sin compasión hasta que cayó al suelo donde fue rematado a patadas.

Allí quedó tembloroso, hasta que se atrevió a decir entre sollozos: “¿Pero que os pasa?, sois mis vírgenes y tenéis que ser sumisas y dejar que os posea y me enseñoree de vosotras”.

Le contestó la del primer bofetón: “Efectivamente somos las setenta y dos vírgenes que te acompañarán en este paraíso por toda la eternidad, pero nadie dijo que teníamos que ser dóciles y sumisas y ya ves como las gastamos”.

“Pero yo soy un hombre, soy más fuerte y debéis obedecerme”.

“Ciertamente eres más fuerte que cualquiera de nosotras, pero no olvides que somos setenta y dos, así que procura tratarnos con respeto sino quieres sufrir las consecuencias”.

“Entonces esto es un infierno, tengo que contemplaros por toda la eternidad sin poder hacer el amor con vosotras”.

“Nadie ha dicho que no puedas, pero te lo tendrás que ganar pasito a pasito”.

“¿Que se supone que debo hacer?”.

En eso se adelantó una negrita de pelo corto bastante rolliza, estaba claro que era la menos atractiva del grupo, dejó caer su túnica dejando ver un muestrario de michelines mientras decía: “Primero puedes practicar conmigo, pero antes tendrás que hacerme un buen trabajito con lengua”.

“¿Que dices?, yo no hago esas cosas, además eres negra y gorda, por no hablar del matojo de pelo que tienes ahí abajo”.

“No hay problema, tenemos toda la eternidad para esperar a que te canses de ver y no tocar, pero por haberme insultado, cuando te decidas además tendrás que lamerme el culo”.

Abderramán estaba furioso, pero la paliza había calmado su belicosidad, se retiró pensativo a un rincón, hasta que le llegó un exquisito olor a cordero asado y se dio cuenta que aquel nuevo cuerpo físico, aunque inmortal, también podía padecer hambre.

Prescindió de su orgullo malherido y se acercó al lugar de donde provenía aquel aroma, era una espléndida mesa con setenta y tres asientos provista de los manjares más succulentos, fue a ocupar el único sillón que restaba vacío cuando una enérgica voz le detuvo: “¡Alto!, no pienses que somos tus criadas y cocinaremos para ti, si quieres comer deberás colaborar”.

“Pero... Yo no sé cocinar”.

“Aceptado, pero si sabrás sacar la basura, son esas bolsas que hay allí. Al fondo encontrarás una escalera de caracol que desciende hasta un agujero, las lanzarás por ahí para que lleguen al infierno”.

Lo encontró humillante, pero como aún le dolían los golpes anteriores se dispuso a efectuarlo sin rechistar, lo cual le costó cuatro viajes.

Cuando hubo terminado y se dispuso a comer, comprobó con desagrado que solo quedaban las sobras, al quejarse por ello le respondieron: “Pues la próxima vez ya sabes, te preocupas de sacar la basura antes y te podrás sentar a la mesa con todas”.

Los siguientes días solo hicieron que aumentar la frustración del pobre Abderramán. Podía contemplar como las doncellas se bañaban desnudas en las aguas cristalinas, jugaban y correteaban por los prados, se daban masajes las unas a las otras, se besaban y se acariciaban, reían y hablaban entre ellas en idiomas que él desconocía.

A veces le lanzaban miradas furtivas mientras sonreían con complicidad, lo cual frustraba más a nuestro pobre hombre, una vez en que se le ocurrió preguntar porque hablaban esos idiomas le respondieron: “¿No ves por nuestro aspecto que procedemos de diferentes países?, nos hemos enseñado el habla las unas a las otras, aquí lo que sobra es tiempo, tenemos toda la eternidad”.

Cuando en alguna ocasión había intentado un tímido acercamiento, la respuesta era clara: “No sé si te has dado cuenta de que aquí todas somos amigas y solidarias, así que para tener acceso a nosotras tendrás que comenzar por la más feíta, ya sabes, la negrita con sobrepeso”.

“Pero... Es que a mí ella no me gusta, además pretende que comience de una forma que me da asco, y más porque va sin depilar”.

“Pues mira chico, el que algo quiere algo le cuesta, y tranquilo que tenemos toda la eternidad, ¿Cuánto tiempo aguantarás consumido por el deseo, un año, diez, mil?, no tenemos prisa, cuanto más tardes en claudicar más sufrirás”.

Aquello le soliviantó, pensaban tratarle como a un pelele y manejarle a su capricho, si ellas podían resistir sin copular, él también podría, para evitar sufrimiento comenzó esquivando su presencia, incluso en las comidas.

Deambulaba por las zonas más alejadas y se alimentaba con cualquier cosa de la despensa que se reponía automáticamente por la gracia divina, tampoco sacó la basura, durante algunos días vio cómo se acumulaba para luego desaparecer cuando se dieron cuenta de que él ya no la sacaría.

Pero estaba en desventaja total, ellas se hacían compañía, se daban cariño, ternura y amistad mientras que él vagaba solitario por aquel vergel maravilloso.

Fue en uno de esos vagabundeos por un rincón apartado cuando se dio cuenta de que cada día, casi a la misma hora, una de las chicas se dirigía a una minúscula piscina natural de aguas termales y se bañaba allí completamente sola, era una nena chiquitina, rubia, preciosa y con cuerpo de muñeca, eso le dio una idea, por fin podría tomar lo que tanto le negaban.

Esperó el día propicio, aguardó a que se desnudara y sumergiera en las cálidas aguas de la poza que apenas cubrían dos palmos, se acercó sigilosamente por detrás y antes de que la muchacha pudiera intentar lo más mínimo ya estaba encima suyo.

La pobre chica al mismo tiempo que lloraba gritó: “Por favor no me hagas daño”.

Pero Abderramán no estaba por compadecerse, quería descargar en aquella chica indefensa toda la rabia y frustración que arrastraba, comenzó por introducirle dos dedos en la vagina para darse cuenta de su estrechez, pero eso no hizo más que animarle mientras pensaba: “Mejor, más placer para mí”.

Sin remordimiento alguno le introdujo su enorme pene hasta tocar fondo, y aun así continuó presionando mientras ella gritaba: “Ten piedad, que soy virgen”.

“Se supone que todas lo sois ¿No?, pues tarde o temprano esto tenía que pasar y este momento es tan bueno como otro cualquiera”.

Se estremeció notando como su esperma penetraba dentro de la chiquilla, en aquel acto ambos habían dejado de ser vírgenes, después se apartó para ver como de aquel pubis apenas coronado por una pelusilla rubia brotaba una mezcla de sangre y esperma, la muchacha había quedado anonadada, inmóvil estirada sobre la roca pulida en apenas un palmo de agua.

Mientras la contemplaba, Abderramán tornó a excitarse, se volvió a situar encima suyo y penetrarla con fuerza mientras ella gritaba: “No por favor, otra vez no, ya me has hecho mucho daño”.

Pero él hizo oídos sordos, esta vez tardó mucho más en culminar y para lograrlo presionó el fondo de su vagina hasta conseguir introducirle la totalidad del pene mientras ella aullaba de dolor.

Al acabar se quedó flotando en aquel agua cálida, estaba feliz de por lo menos haber dado su merecido a una de esas zorras, aunque en el fondo pensaba que tal vez se lo había hecho a quien menos lo merecía.

No le duraron demasiado aquellas cavilaciones, de la nada habían surgido por su espalda cinco docenas de mujeres que lo agarraron por manos, pies y cabeza y lo estamparon contra una roca plana, allí mientras le mantenían con las piernas abiertas en ángulo recto comenzaron a darle furiosas patadas en los testículos y en los costados, mientras otras le desgraciaban la cara a base de puñetazos.

El dolor era terrible, notó que un velo rojo cubría su visión, finalmente sintió como si cayera hacia un abismo, hasta que se despertó sudoroso y angustiado en el camastro de su habitación.

Todo había sido un sueño, pero tan real que las sábanas estaban manchadas de semen y aún le parecía notar el dolor en la cara y los testículos, se quedó un buen rato pensativo en

la oscuridad, los sueños normales se desvanecen poco a poco hasta casi olvidarse, pero en aquella ocasión podía recordar cada detalle como si efectivamente lo hubiera vivido.

Aquello no podía ser un simple sueño, debía tener alguna explicación que de momento no alcanzaba a comprender, estuvo el resto de la noche pensando sin poder dormir, en aquellas horas de profunda reflexión, todas sus ideas y convicciones dieron un giro de ciento ochenta grados.

En el mejor de los supuestos, en que las setenta y dos vírgenes hubieran sido dóciles y sumisas y se hubieran desvivido por complacerle, ¿Como sería una eternidad encerrado con ellas?, ¿Que alicientes tendría después de un millón de años cuando ya hubiera follado miles de veces con cada una en todas las formas y posturas imaginables?.

Y si una mujer era buena musulmana, ¿Que recompensa le daría Dios, un paraíso con setenta y dos mancebos?.

Aquel paraíso de cartón piedra podía ser fantástico para un estúpido pastor de cabras, pero no para un hombre con un mínimo de instrucción como él.

Finalmente se levantó, encendió una luz y decididamente vació todo el contenido de la botella de gasolina por el retrete, tiró de la cadena varias veces y enjuagó concienzudamente el envase para que no quedara resto de olor.

Se duchó, se vistió con sus mejores ropas y salió a dar un paseo no sin antes tirar la botella al contenedor de reciclaje, su deambular le llevó a pasar por delante de aquella procesión que había planeado atacar.

Miró a los niños y las monjas, ahora ya no le parecían infieles dignos solo de ser asesinados, sino personas que trataban de llevar su vida lo mejor posible, tomó el móvil y les filmó un buen rato, al acabar se dio media vuelta y pudo ver a dos hombres con gabardina que se habían situado unos pasos por detrás suyo, en ellos reconoció a los policías que le dispararon en su sueño a los que vislumbró al separarse su espíritu del cuerpo. Les sonrió mientras les decía: “¿Verdad que los niños son encantadores?, ojalá lleguen todos a ser personas de bien y responsables”.

Los dos hombres le miraron un poco sorprendidos y uno de ellos respondió: “¿Le ha gustado la procesión, es usted católico?”.

“Pues verá, de momento no tengo creencias, pero si he de escoger entre una religión que propone perdonar a los enemigos y otra que promueve matar a quien tenga un pensamiento diverso al tuyo... Tal vez me bautice”.

“Pues si se decide le recomiendo esa iglesia, dicen que el párroco es un verdadero santo que se quita el pan de la boca para dárselo a los pobres”.

“Lo tendré en cuenta”.

Cuando Abderramán marchó, un policía le dijo al otro: “¿Lo ves?, nunca se puede prejuzgar, y tú que ya tenías la pistola preparada”.

“Tienes razón, pero no me negarás que era extraño un moro interesado en una procesión”.

Aquel día de la semana tenía fiesta porque el restaurante cerraba. Siguiendo un impulso tomó su móvil y buscó el teléfono que su compañera cojita le había dado con cualquier excusa, llamó y la muchacha se sorprendió cuando él le dijo: “Había pensado que hace muy buen día y sino tienes nada que hacer podríamos ir a comer a cualquier sitio bonito y luego dar un paseo”.

Jasmina estaba a medias de hacer la limpieza general y más tarde había quedado con sus amigas, pero mintió como una bellaca diciendo: “Pues sí, precisamente estaba aburrida pensando en salir a pasear, si me das un rato para que me arregle vengo donde estés”.

“Perfecto, arréglate, pero sin el chador, me encantará ver tu preciosa cabellera”.

En la comida ella se sorprendió de que Abderramán pidiera vino, él contestó con una sonrisa: “¿De verdad crees que Dios puede estar por estas tonterías?, además, ¿Yo qué conseguiría si soy un buen creyente, ir al paraíso con setenta y dos vírgenes?, menudo rollo, solo aspiro a tener una buena mujer que me quiera y me haga feliz”.

En ese momento Jasmina puso una mano encima de la suya y le dijo con un hilo de voz: “¿Y no te importaría que esa mujer fuera cojita?”.

“¿Acaso soy yo perfecto?, lo importante es que sea buena gente y me quiera”.

En menos de un mes había dejado su modesta habitación y mudado al pequeño apartamento de Jasmina. Entre los sueldos de ambos y con lo buena economista que era ella pronto dispusieron de unos ahorros.

Ahora que tenía las ideas muy claras no tardó en prosperar en la empresa, de mozo de carga pasó a camarero y más tarde, cuando el propietario abrió un nuevo negocio le propuso trabajar como encargado.

Abderramán no tuvo problemas para enfocar su nueva vida como agnóstico ya que no tenía familia ni amigos en Francia, respecto a Jasmina dejó muy claro a unos y otros que como vivían en Europa se comportarían como europeos y dejarían que en África la gente siguiera con sus costumbres, ella agradeció poder prescindir del chador y vestir a la moda.

Un día su mujer no pudo por menos que preguntarle: “Oye Abder, hasta el día en que me pediste para salir, parecías un fanático religioso y no me hacías ni caso, ¿Qué es lo que te hizo cambiar de repente?”.

“Pues verás, soñé que iba al paraíso”.

“¿Con las setenta y dos vírgenes?”.

“Justamente”.

“¿Y qué tal?”.

“¿Un hombre solo con setenta y dos mujeres totalmente compinchadas?... Fatal, ahí es cuando me di cuenta de que solo necesitaba una buena mujer, aunque fuera cojita”.

Más adelante tuvieron dos hijos a los que educaron en el ateísmo más estricto, diciéndoles que las religiones eran solo buenas para gente que no tenía sus propios valores morales, y alguno de los cultos ni siquiera para eso.

En una comida con la familia de ella en que Abderramán se sirvió media botella del mejor Chateaufort du Pape que había sobrado del restaurante, un cuñado le dijo: “Abder, a este paso nunca llegarás al paraíso”.

Él rio y dijo: “Mejor que no, ¿Te imaginas?, fuentes manando leche y miel, que asco, ni una gota de champagne, y aguantar a setenta y dos vírgenes con sus caprichos y tonterías, por otro lado, si Dios ya las tiene preparadas para mí... Que se jodan, ya me aseguraré de no ir a parar a sus garras.

FIN